



Oración y Reflexión

Segundo Viernes de Cuaresma Ciclo A

“Se transfiguró delante de ellos” Mateo 17,1-9

Nos disponemos

En este tiempo de Cuaresma, nos reunimos como comunidad cristiana, en torno a la Palabra de Dios. Queremos que este encuentro abra nuestros ojos y nuestros oídos, para descubrir y acoger el paso del Señor entre nosotros.

¡Ven Espíritu Santo!

Haznos sensibles a tu paso, para que podamos escuchar la voz de Dios, en la Sagrada Escritura y en nuestra vida cotidiana. Ilumina nuestros ojos, para que podamos ver a Jesús, el Señor, en todos nuestros hermanos y hermanas, especialmente en las personas más sencillas y necesitadas.

¡Ven Espíritu Santo!

Proclamación de Mateo 17,1-9

También los discípulos vivieron una Cuaresma propia. Se les pidió acompañar al Señor en su camino hacia la Pascua, atravesando el túnel oscuro de la pasión y de la muerte. Cuando, en medio de este túnel, peligraba el seguimiento, el Señor les reveló lo que ocurría al final: se les mostró resucitado.

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y subió con ellos aparte a un monte alto. Se transfiguró delante de ellos, y su rostro resplandecía como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. De repente, se les aparecieron Moisés y Elías conversando con Él. Pedro, entonces, tomó la palabra y dijo a Jesús:- “Señor, ¡qué bueno es que estemos aquí! Si quieres, haré tres tiendas: una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías”.

Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y una voz desde la nube decía:

-“Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco. Escuchadlo”.



Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y, tocándolos, les dijo: -“Levantaos, no temáis”.

Al alzar los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban del monte, Jesús les mandó:

-“No contéis a nadie la visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos”.

LECTURA: ¿Qué dice el texto?

Es necesario situar el relato que acabamos de proclamar, en el lugar que le corresponde dentro del evangelio de Mateo, porque así podremos comprenderlo mejor. Jesús acaba de anunciar a sus discípulos su pasión y muerte, pero no le comprenden y rechazan el camino de la cruz. Ellos esperaban un Mesías glorioso, mientras Jesús les hablaba de padecer, de ser ejecutado, de perder la vida, y de que quienes quisieran seguirlo, deberían estar dispuestos a correr una suerte similar. Para animar a sus discípulos en el camino del seguimiento, Jesús se les revela en este momento transfigurado, resucitado.

Una teofanía es un relato cuyo centro es la manifestación de Dios. En este tipo de relatos, se repiten algunos elementos: su lugar es un monte o un espacio sagrado; se dan fenómenos extraordinarios (apariciones del cielo, visiones, voces, luz...), hay turbación en quienes lo presencian, etc. El relato de la transfiguración de Jesús sigue este género literario.

¿A quiénes lleva Jesús consigo? ¿Dónde van? ¿Qué ven los discípulos? ¿Cuál es la reacción de Pedro ante esta visión?

Jesús elige a tres de sus discípulos y los conduce a un monte alto, que en la biblia es lugar de la manifestación de Dios. Allí se les muestra Resucitado (el evangelista lo expresa con los símbolos del rostro resplandeciente como el sol y los vestidos blancos como la luz). Los dos personajes que conversan con Él, Moisés y Elías, representan la Ley y los Profetas, simbolizando que todo el antiguo Testamento se orienta hacia la revelación definitiva de Dios en Jesús. Pedro, portavoz de los discípulos, pretende quedarse allí, hacer “tres tiendas”; rechaza volver a la vida cotidiana, permaneciendo en este momento de triunfo, de felicidad gloriosa.



Leemos Mt 17,5-7. ¿Quién interviene ahora en el relato? ¿Qué oyen los discípulos?

Jesús ha manifestado su identidad gloriosa y, por unos momentos, los discípulos vislumbran quién es. Para que no quede ninguna duda, Dios mismo habla. Esta presencia divina aparece en el relato, bajo el símbolo de una nube luminosa, el mismo símbolo con el que Dios acompañaba al pueblo, durante la travesía por el desierto. La voz recuerda el mensaje del bautismo y señala quién es en realidad Jesús: “Este es mi Hijo, el amado, en quien me complazco”. Pero, además, da un encargo a todos aquellos que han visto y han oído: “Escuchadlo”, es decir, buscad y realizad la voluntad de Dios, como hizo Jesús.

Leemos Mt 17,6-7 ¿Cómo reaccionan los discípulos ante lo escuchado? ¿Qué hace Jesús y qué les dice?

La reacción inmediata de los discípulos se traduce de diferentes maneras en nuestras biblias. Unas dicen “cayeron de bruces”, otras “cayeron rostro en tierra”, otras “se postraron”. En todo caso, recuerda la creencia judía de que no era posible ver a Dios y seguir vivo, por lo que los discípulos adoptan un gesto, que aparece en otros lugares de la Biblia, y significa que reconocen la distancia que existe entre el ser humano y su Dios, que en Jesús se revela como Padre que da vida. Este nuevo rostro solo puede entenderse por la revelación del Hijo amado, por eso Jesús los reanima con el gesto (=tocándolos=) y la palabra (=levantaos=).

Enseguida llega la conclusión del relato. ¿Qué pide Jesús a sus discípulos, al bajar del monte?

Jesús y sus discípulos descienden de la montaña. La orden de callar hasta la resurrección, aporta luz sobre la experiencia vivida en el monte. Han vislumbrado, de forma anticipada, la gloria pascual, la meta final en el camino del seguimiento, que pasa por la cruz. Ahora los discípulos tienen la visión de conjunto. El Maestro y Señor es el crucificado-resucitado. La experiencia vivida no es para separarlos de la realidad, sino para ayudarles a discernir y afrontar el camino de abajamiento, que les aguarda en la marcha hacia Jerusalén. Como ellos, también nosotros estamos llamados a tener clara la meta, en nuestro seguimiento del crucificado.



MEDITACIÓN: ¿Qué dice de mí/nosotros el texto?

Vivimos en una sociedad en la que llegan a nosotros multitud de voces: los medios de comunicación ofrecen todo tipo de noticias; a través de internet tenemos acceso directo a lo ocurrido en tiempo real; los periódicos ofrecen amplios comentarios, sobre diferentes acontecimientos mundiales... Pero Dios nos lanza una sola palabra: "Escuchadlo"

¿Cómo y dónde habla Dios hoy?

¿Qué dice su palabra, para mí, en este momento de mi vida?

ORACIÓN: ¿Qué le decimos a Dios, a partir del texto?

Sin duda, habremos expresado nuestra voluntad de escuchar la voz de Dios, en nuestra vida, y habremos reconocido que solo así podemos crecer, como personas y como creyentes. Es el momento de orar, en presencia de los hermanos.

- Gracias, Señor, porque en medio de nuestro ruidos, sigues ofreciéndonos tu Palabra. Abre nuestros oídos, para escucharte a Ti y atender la voz de tantos hombres y mujeres que necesitan comunicarse.
- Señor, a veces me desanimo en el camino del seguimiento. Caigo en la tentación de Pedro y planto la "tienda" del conformismo, de la rutina, del refugio cómodo. Despiértanos, déjanos ver la luz y oír tu voz, para volver a recorrer el camino de la vida cotidiana con sus desafíos.
- Ayúdanos, Señor, a aceptar la oscuridad, la duda, el fracaso, el aparente sinsentido con que a veces nos sorprende la vida. Ayúdanos a descubrirte, transfigurado, en todas las personas que no tienen quien les escuche, sobre todo en las más pobres.
- Señor, Jesús, subo contigo a la montaña, para descubrirte resucitado, habitado por la luz, envuelto por el amor del Padre y por la fuerza del Espíritu. Que esta experiencia me dé fuerza, para volver a mis quehaceres, ofreciendo vida en abundancia, la misma que de Ti he recibido.



COMPROMISO: ¿Qué hace surgir en mí/nosotros este texto?

La voz del Padre nos ha pedido escuchar a Jesús, es decir, vivir en sintonía con sus palabras y acciones. Dicho de otra forma, se nos ha pedido que, escuchando al Maestro, lo transparentemos en nuestra vida cotidiana.

Con la luz que nos ha aportado la Palabra, la oración y meditación compartida, pienso en un compromiso que quiero adquirir y que podemos compartir.

ORACIÓN FINAL: Purifícame, Señor, con tu gracia

Purifícame, Señor, con tu gracia.

Purifícame, Señor, con la lluvia de tu gracia, purifícame;

 Iléname, Señor, de esperanza,
y al entrar en tu morada, purifícame.

Transfigúrame, Señor, a tu imagen,
transfigúrame, Señor, a la luz de tus palabras.
Transfigúrame, guíame, Señor, por tus sendas,
y al calor de tu mirada, transfigúrame.

A tu lado quiero estar en tu mesa,
a tu lado quiero estar y gozar de tu presencia,
compartir tu pan.

Yo no sé, Señor, si soy digno
de que hagas de mi casa tu morada.

Pero yo quisiera ser tu invitado,
tu invitado quiero ser y sentir con mis hermanos
que tu cuerpo es pan, pan de eternidad, pan del cielo,
vino nuevo de la Alianza, sacramento.

En tu nombre anunciaré tu evangelio;
en tu nombre anunciaré el mensaje de tu Reino.

Quiero ser te fiel.

Tú vendrás, Señor, a mi lado,
llevaré la buena nueva a mis hermanos.